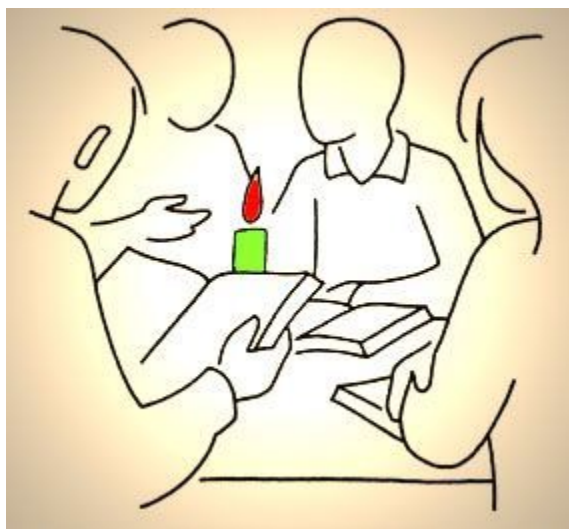


LECTURA ORANTE DEL EVANGELIO: MATEO 13,44-52



Domingo XVII del tiempo ordinario

"Y mientras más se va entendiendo por las obras que no son palabras de cumplimiento, más más nos llega el Señor a sí y la levanta de todas las cosas de acá y de sí misma para habilitarla a recibir grandes mercedes, que no acaba de pagar en esta vida este servicio. En tanto le tiene, que ya nosotros no sabemos qué nos pedir, y Su Majestad nunca se cansa de dar. Porque no contento con tener hecha esta alma una cosa consigo por haberla ya unido a sí mismo, comienza a regalarse con ella, a descubrirle secretos, a holgarse de que entienda lo que ha ganado y que conozca algo de lo que la tiene por

dar" (Camino 32,12).

El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo. El tesoro no puede ser otra cosa que Dios mismo, dándose a conocer, en nuestra interioridad. Dios está al alcance de todos, de afortunados e inquietos; no hay que ir lejos a buscarle porque está escondido en el corazón de la vida, pero su descubrimiento es algo totalmente novedoso. Dios nunca se agota en su novedad. El tesoro es la unión con Dios, en la que, a su amor loco por nosotros, respondemos con una entrega total. La oración sabe de estas búsquedas y encuentros, de este quedar asombrados ante el amor. *Me siento atraído/a hacia Ti, Señor. Tu amor me sobrecoge.*

El que lo encuentra, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo. A menudo, por miedo o cobardía, por superficialidad o pereza, nos cuesta darnos del todo al Todo. Pero cuando nos damos del todo al que es tan amigo de darse por entero, entonces, la señal siempre es la alegría. ¡Qué grande es nuestro Dios! Cuando dejamos algo por Él, hace brotar un gozo inagotable en nuestro pozo. *Jesús, tú me invitas a arriesgar, a venderlo todo por el Reino. Ayúdame para que no me quede a medias y tenga que beber con cuentagotas la alegría.*

El reino de los cielos se parece también a un comerciante en perlas finas. ¿Quién colmará nuestra sed de alegría? ¿Quién llenará nuestro vacío de amor? ¿Quién saciará nuestro deseo profundo de compañía? Jesús, fascinado por el Reino, nos presenta al Padre como la mejor de las perlas preciosas. Pero, para encontrar hay que buscar, para comprar hay que vender. *Fascíname, Señor. Enamórame, Señor. Sorpréndeme, Señor.*

Al encontrar una de gran valor se va a vender todo lo que tiene y la compra. El amor no se impone, se acoge como un don y se responde a él amando. La grandeza de Dios agranda la profundidad de la respuesta. Cuanto más recibimos de Dios, más nos brota el deseo de dar, de amar. Los dones nos enamoran. Que todo un Dios se quiera comunicar en amistad con nosotros, nos

hace entender lo poco que dejamos y hacemos por Él. Dios es un buen pagador, no defrauda. Los orantes saben que todo es un regalo, que todo es gracia. *Gracias, Señor. Siempre, gracias a Ti.*

Con el gozo de haber encontrado la perla en la Virgen del Carmen.

CIPE – Julio 2011



Cipecar

www.cipecar.org